

# Nadie se va a reír

de Lucía  
Leonor Enríquez

Alejandro Arteaga

CUENTA GENEVIÈVE SERREAU que en los ensayos de la primera representación de *Esperando a Godot* en el teatro Babylone, hacia enero de 1953, los participantes pensaban que el público no entendería nada o se negaría a comprender. “De todos modos nos habremos dado un gusto”, dijo uno de los actores como quien desea recuperar una parte de lo perdido. Perfecto, darse un gusto es plausible aunque el espectador lo padezca. Sin embargo, como se sabe, la historia fue totalmente distinta, el público se dividió en dos bandos pero el favorable a la pieza fue mayoría. De esa declaración casi instintiva, casi de consuelo inútil, “darse un gusto”, pueden surgir preguntas insoslayables y que retornan eternamente: ¿Cuál es el deber del teatro? ¿Relatar una historia, divertir, aleccionar? ¿Criticar a una sociedad para apuntalarla? ¿Darse un gusto personal a costa del público y de su bolsillo? Y una que preocupa en demasía: ¿cómo recuperar al espectador?

Y esto último puede responderse con velocidad. El pesimismo me invade y lo digo con pesadumbre: el espectador de hoy se ha perdido sin remedio, no es cuestión de ser demasiado observador. Lo que requiere el teatro no es atrapar de nuevo a su público sino formarlo desde la nada. Es probable, casi seguro, que ese proceso arduo tarde veinte años o cincuenta. No hay otro camino, sólo el del peligro y el de la apuesta a pérdida pura.

Menciono *Esperando a Godot* porque en las acotaciones de “La tristeza”, primera parte de *Nadie se va a reír* de Lucía Leonor Enríquez, se dice: “Aunque están comiendo un estofado podrían estar en cualquier espacio y cualquier habitación. Finalmente, habitan el absurdo”. Se evidencia de inmediato cuál es su estirpe y a qué debemos atenernos. Enarbola una



tradición y nos sugiere una lectura de su propio trabajo, aún sin haberla leído.

*Nadie se va a reír* es un título desafiante, una suerte de aviso, de trampa, de crítica y autocrítica. ¿Nos quiere decir que la risa no es la respuesta lógica ante lo que nos cuenta en esas piezas? ¿Cuál es entonces la reacción que vale? Si nadie se va a reír, ¿para qué hacer teatro?, dirían los que ponderan el espectáculo y la diversión por encima de todo. Esa pregunta salta entre todas. Pone a discusión uno de los temas más escabrosos del gremio y que sería el asunto a resolver en la carrera de todo dramaturgo:

Teatro para qué.

Sin embargo, como sucede con *Godot*, a pesar del aviso, extrañamente, la gente se ríe. Enríquez apela a la trampa, y su mecanismo para convocar el humor es la sinceridad. No aspira a una verosimilitud, propia de otras búsquedas. Muestra una realidad alterada, los hombres y mujeres que no somos, hombres sin el motor de todo diálogo, la mentira. Si el lenguaje narrativo —porque una obra teatral, además de representar, por lo regular también relata una historia— se funda en correr tupidos velos frente a asuntos de toda índole, en mantener oculta el mayor tiempo posible la verdad, las piezas de la primera parte de *Nadie se va a reír* toman como materia prima un discurso falso, impropio de las relaciones humanas; contradictoriamente, el falso discurso de la sinceridad. Sus personajes expresan sus odios e inseguridades, sus torpezas y sus aficiones más inconfesables con la mayor soltura. Es éste el mecanismo lingüístico de Enríquez, un dialogismo antinatural con la intención malévola de provocar el humor, pero también una reflexión. Y acaso allí creo descubrir una esperanza soterrada. Una especie de teatro compro-

metido, algo en desuso y que en otras esferas causaría un rechazo disparatado, pero que bien vale reivindicar. Vuelvo a lo mismo, ¿con qué intención se critica una sociedad y sus costumbres? Criticamos aquellas cosas en las que creemos y de las que esperamos una transformación. En esa crítica evidente, se asoma el teatro comprometido, progresista de Enríquez y en él se combinan tal vez sin buscarlo dos tradiciones distintas.

Leyendo *Nadie se va a reír* se puede ensayar una suerte de respuesta. No se hace teatro para atraer el público a las salas. Si me apuran, tampoco se hace teatro para transformar una sociedad. Parafraseando al actor anónimo de *Esperando a Godot*, se hace teatro para darse un gusto. Y ésa es la única bandera que debe sostenerse hasta el final.

No sólo lo digo yo:

Un fantasma recorre el teatro, el fantasma de Samuel Beckett (y sospecho que lo recorrerá aún mucho tiempo). Y la gente que se dedica a la escena podría responder con toda autoridad, aunque también dependiendo su ideología, ¿dónde deambula el fantasma de Bertold Brecht? ▲▲



Lucía Leonor Enríquez, *Nadie se va a reír*, México, Fondo Editorial Tierra Adentro, 2009, 82 pp.